

iqué lindo

Pablo SALGADO J.



Karine

que dibuja el Jorgito!

Las figuras humanas

casi siempre se

encuentran

agazapadas, como

escondiéndose del

mundo exterior,

evitando ser vistos

por el espectador

que se acerca al

cuadro.

Su obra es una invitación a ingresar en su mundo íntimo. Y es que él es, al mismo tiempo, autor y protagonista. Sus cuadros son él, siempre está con ellos, rodeado de todo lo suyo. Nada nos oculta. En sus cuadros retrata sus habitaciones, su espacio cotidiano. Nos descubre, sin temores, la vida que lleva; las cosas que quiere, las personas que ama, el Dios en el que cree, y sobre todo, el silencio y la timidez con las que convive.

Y es que **Jorge Velarde Cevallos** (Guayaquil, 1960) solo pinta lo que le nace desde muy adentro. Por eso retrata constantemente, por eso en sus cuadros es él quien nos mira y nos interroga. Es él, autorretratado, quien nos exige respuestas. Jorge es San Jorge. No hay personaje. Autor y Protagonistas son él mismo; uno solo sin dobleces. Sus cuadros son un espejo que retrata lo que mira, que devuelve las imágenes tal como son, sin distorsiones ni veladuras.

Extremadamente tímido

"Mis primeros nexos con la pintura son recuerdos de mi madre pintando, en una habitación tras la cocina", nos cuenta Jorge con su acento guayaco. Su madre, Iti Cevallos, fue una artista frustrada, pues luego de casarse debió dedicarse por entero a cuidar a sus ocho hijos. Entre ellos a Jorge el más tímido. De niño, la mayor parte del tiempo pasaba encerrado en su cuarto y por las noches con la luz apagada. El pequeño Jorge, sin darse cuenta, empezó a dibujar y dibujar. Decenas de hojas de cuadernos repletas de dibujos brotaban de sus horas solas. Los dibujos se convirtieron en su compañía y en su único medio de comunicación: "en mi niñez mi timidez fue extrema y enfermiza. Por ello, nunca tomé conciencia que deseaba expresarme por medio de imágenes, fue la pintura la que me

tomó a mí. Yo dibujaba y dibujaba, y luego noté que cuando llegaban visitas a la casa, y yo me escondía, mis padres mostraban mis dibujos a sus amigos, quienes exclamaban: «qué lindo que dibuja el Jorgito». Entonces, esos dibujos fueron mi única opción para establecer un nexo con el mundo".

Pese a que esa timidez, poco a poco ha ido diluyéndose, aún persiste. Jorge, atraído por la pintura, hizo sus estudios secundarios en el Colegio de Bellas Artes J.J. Plaza, de Guayaquil. Allí toma plena conciencia de que su vida estaría dedicada a la pintura. Sin embargo, el deficiente nivel académico hace que Jorge y otros estudiantes busquen nuevas formas para ampliar su formación: "nos escapábamos del colegio y nos íbamos a pintar en el Astillero y luego comenzamos a realizar exposiciones colectivas". Al salir del colegio, con ese mismo grupo, forman "Artefactoría", con quienes prosigue su formación, especialmente estudiando a Goya, El Bosco y a pintores del Renacimiento: "A mí me ha costado muchísimo elaborar un lenguaje propio. Por eso mi primera muestra individual recién la hice en 1992".

Pinto los cuadros que a mí me gustaría ver

Posteriormente, Jorge se siente atrapado por la fotografía, y empieza a encerrarse, horas y horas, en el laboratorio para, empíricamente, descubrir los secretos de esas imágenes que surgen, poco a poco, de entre aguas y químicos. Por ello la fotografía tiene también una presencia importante en su pintura; es, a veces, como si a través de un lente fuera estructurando e iluminando el cuadro.

La fotografía lo llevó al cine, se apasionó tanto por la imagen que decidió marcharse a España para estudiar producción cinematográfica: "de niño,

como pasaba mucho tiempo solo, veía mucha televisión: informativos, dibujos animados, novelas y todas las películas que pasaban hasta las doce de la noche". Sin embargo, nunca hizo nada en cine, que no sean los trabajos de clase. Pero, por supuesto, su afición al cine se refleja también en su obra; son episodios de su propia vida que se transforman en el eje central de ese largometraje, repleto de atmósferas kafkianas, que cuenta a través de sus cuadros. En España, además, el estar solo lo lleva a descubrirse entero, es decir a reconocerse ambivalente. Es cuando empieza a pintarse a sí mismo. Es cuando aparece San Jorge y el Dragón, el bien y el mal que todos llevamos dentro. Hasta el momento ha realizado casi medio centenar de autorretratos: "yo siempre concebí la pintura como un hecho íntimo, por ello pinto para mí y pinto los cuadros que a mí me gustaría ver". Por ello, precisamente, todo lo que le es cercano aparece en su pintura: su cama, su estudio, sus libros, sus recuerdos, sus muebles, sus hijos, su esposa, sus amigos.

Cuando Velarde se pinta no se halaga, ni halaga a quienes retrata. De ahí que la sátira y la ironía son también elementos importantes en su obra plástica, y es que su intencionalidad es también la de desmitificar al artista, pues se opone a que se los considere

efectivas y conmovedoras que no le hace falta más colores. La iluminación, proveniente del cine, así como la composición y el tratamiento (describe escenas) produce en cada cuadro resultados excelentes: contrastes casi perfectos con lo sombrío, habitaciones lúgubres sorprendentemente iluminadas. Las figuras humanas casi siempre se encuentran agazapadas, como escondiéndose del mundo exterior, evitando ser vistos por el espectador que se acerca al cuadro.

Antes que al lienzo, Velarde prefiere la madera. Y es que por ella siente una atracción especial: "me gusta el contacto con la madera, me motiva, me encanta trabajarla, cogerla, serrucharla, clavarla, olerla".

Le gusta tanto que a veces sus cuadros se acercan a la escultura. Pese a que las piezas son armadas en función del cuadro, es decir como un soporte que reemplaza a la tela, en ocasiones rompe el formato tradicional (de cuatro lados) y ensamblando las piezas de madera junto a otros elementos (armadores) consigue particulares formas irregulares con volumen.

Premiado y rechazado, pero sobre todo feliz

Jorge a pesar de haber ganado varios salones y concursos, antes que premiado ha sido rechazado. Jurados pacatos que al no "entender" su obra han preferido elegir el camino fácil de no seleccionarlo para salones y bienales. Pero ése ha sido su mejor premio, pues no pinta para vender o para gustar. Pinta porque ama su pintura, pinta porque cada cuadro que concluye es su deseo y su sueño que se vuelven realidad.

Jorge es un tímido ermitaño que prefiere refugiarse en el calor de su casa a tomarse una cerveza con sus pocos amigos. Se aburre leyendo a Joyce o mirando una película de Bergman, prefiere la novela negra y preparar a los niños de su barrio para la Primera Comunión. Lo que sí le asusta es que ahora nos estamos volviendo individuos que solo nos regimos por dos preceptos: la productividad y la eficiencia.

Además cree que, al llegar el fin de siglo, se han abierto puertas tan grandes que ahora casi cualquiera puede ser artista. "Esto se debe a que, para satisfacer las necesidades del mercado y ante la multiplicidad de tendencias, se

necesitan muchos artistas que expresen esos diferentes puntos de vista".

A Jorge no le interesa el mercado y no le asusta no vender. Anteriormente, durante casi seis años, no vendió ni un solo cuadro, y a pesar de la vergüenza que sentía, seguía pintando exactamente lo mismo. Sabía que contaba con el respaldo incondicional de su esposa Anabella, a quien no le importó conseguirse tres trabajos con tal que Jorge siga en lo suyo. El tiempo les dio la razón, por ello ahora son felices junto a sus cuatro hijos: Jorge, María Betania, Esteban y Daniel.

Y Jorge seguirá pintando y pintándose. Seguirá en su mundo, el mismo que reelabora en cada cuadro. Y, sobre todo, Jorge seguirá siendo San Jorge, no importa que un Dragón lo acose y lo persiga, incluso en la soledad de su timidez...



creadores: "yo soy simplemente un elaborador de imágenes, nada más" recalca con insistencia. Es profundamente religioso, católico practicante y catequista, y a la hora de trabajar se confiesa "lento, vago y para colmo exigente". Y es cierto, sobre todo exigente, tanto que en ocasiones vuelve sobre sus cuadros, no importa que hayan sido exhibidos o premiados; simplemente, si no está completamente satisfecho, los tapa y los vuelve a pintar.

Un figurativo empedernido

Si bien en un primer momento, cuando lo de "Artefactoría" se podría considerar a su obra como conceptual y expresionista, Velarde se rebela y asegura que más bien siempre ha sido figurativo. Pero sobre todo, Jorge no se considera un gran pintor, y lo que es peor está seguro que técnicamente es un pintor mediocre. Por eso afirma que su lucha diaria es precisamente contra esa mediocridad.

A pesar de que solo utiliza tres colores (amarillo, rojo y azul), al mezclarlos (con la ayuda del blanco) Velarde logra unas atmósferas tan

